

EN EPIDAURO*

Henry Miller

Es la mañana del primer día de la gran paz; la del corazón, que viene con la abdicación y el renunciamiento. Tuve que ir a Epidauro para conocer el verdadero sentido de la paz. Como todo el mundo, usaba esta palabra sin que ni una sola vez me diera cuenta de que usaba una impostura. La paz no es lo contrario de la guerra y de la muerte; es lo contrario de la vida. La pobreza de la lengua, es decir, la pobreza de nuestra imaginación o de nuestra vida interior ha creado una ambivalencia absolutamente falsa. Hablo aquí, naturalmente, de la paz que sobrepasa todo entendimiento. No hay otra. La paz que conocemos la mayoría de nosotros no es más que el cese de las hostilidades, una tregua, un interregno, un momento de calma, una pausa, todo cosas negativas. La paz del corazón es positiva e invencible, no exige condiciones, no requiere salvaguardias. Es, simplemente. Si es victoriosa, es una victoria muy peculiar, ya que descansa por entero en la abdicación y en el renunciamiento voluntarios. No hay para mí ningún misterio en la naturaleza de las curas que antiguamente se operaban en este gran centro terapéutico del mundo. Aquí el curado encuentra él mismo la curación, paso primero y esencial en el desarrollo de un arte que no es médico, sino religioso. El paciente se curaba antes de empezar la cura. Los grandes médicos han dicho siempre que la naturaleza era la gran curadora. Es solamente una verdad parcial. La naturaleza sola no puede hacer nada. La naturaleza puede únicamente curar cuando el hombre ha sabido reconocer el lugar

que ocupa en el mundo lugar que no está en la naturaleza, como en el caso del animal, sino en el reino humano, eslabón que une lo natural y lo divino.

Para las especies infrahumanas de nuestra edad de ciencia y de tinieblas, el ritual y el culto asociados del arte de curar, tal como se practicaba en Epidauro, es pura palabrería. En nuestro mundo el ciego guía al ciego, y el enfermo pide al enfermo que lo cure. Estamos en constante progreso, pero es un progreso que nos lleva a la mesa de operaciones, al hospicio, al manicomio, a las trincheras. No tenemos curadores; tenemos solamente carniceros, cuyos conocimientos anatómicos les facultan para obtener un título, el cual, a su vez, les concede el derecho de trincar o amputar en nuestros males, para que, mutilados, podamos seguir viviendo hasta que nos encuentren aptos para enviarnos al matadero.

Voceamos el descubrimiento de un producto contra una u otra enfermedad, pero nos guardamos muy bien de mencionar las enfermedades nuevas que hemos ido creando. La Medicina actúa como el Ministerio de la Guerra; sus comunicados de victoria son huesos que nos echan para ocultar la muerte y el desastre. Los médicos, como las autoridades militares, son impotentes; dirigen un combate sin que en ningún momento tengan esperanza en el triunfo. Lo que el hombre quiere es paz para poder vivir. La derrota del vecino no da la paz, como la curación del cáncer no trae la salud. La vida para el hombre no comienza con la victoria sobre el enemigo, como tampoco una interminable serie de curas es el comienzo de la salud. La alegría de vivir la da la paz, que no es estática, sino dinámica. Nadie puede vanagloriarse de saber realmente

* Fragmento del libro de Henry Miller, *El coloso de Marussí*, Seix Barral (Biblioteca Breve), 2a Edición, 1982, pp. 91-99.

lo que es la alegría hasta que no haya experimentado la paz. Y sin alegría no hay vida, aunque se tengan doce automóviles, seis mayordomos, un castillo, una capilla privada y un refugio a prueba de bombas. Las enfermedades nos ligan a las costumbres, ideologías, ideales, principios, bienes de este mundo, fobias, dioses, cultos, religiones, a todo lo que se quiera. Los buenos salarios pueden ser una enfermedad, como también pueden serlo los malos. El ocio puede ser un mal tan grave como el trabajo. Las cosas a las que nos agarramos aunque sea la esperanza o la fe, pueden también ser el mal que nos llevará. El renunciamiento ha de ser absoluto: la más insignificante migaja a la que intentemos asirnos puede contener el germen que nos devorará. Y respecto a asirse a Dios, Dios hace ya mucho que nos abandonó para que pudiéramos darnos cuenta de la felicidad que da conseguir lo que se desea por el propio esfuerzo. ¿Dónde encontrar todos esos interminables gemidos lanzados en la oscuridad, esa piadosa e insistente plegaria por la paz que no cesa de agrandarse con el sufrimiento y la miseria? ¿Se cree la gente que la paz puede acapararse como el maíz o el trigo? ¿Se imagina que es algo sobre lo que uno se puede lanzar y devorarlo como una res muerta que se disputan los lobos? Oigo a la gente hablar de paz con el rostro enrojecido de cólera, de odio, de desprecio y de desdén, de orgullo y de arrogancia. Hay gente que desearía luchar para que reinase la paz; éstos son los más ciegos todavía. La paz sólo reinará cuando se haya extirpado definitivamente del corazón y de la mente el asesinato. El asesinato, es la cima de esta gran pirámide que tiene por base el yo. Lo que se mantiene en pie tendrá que caer. El hombre, antes de comenzar a vivir como tal, tendrá que renegar de todas aquellas cosas por las que ha luchado. Hasta el presente el hombre se ha parecido a una bestia enferma, y hasta su divinidad hiede. Es dueño de muchos mundos, pero en el suyo es esclavo. Lo que rige al mundo es el corazón, no el cerebro. En todo terreno nuestras conquistas no

llevan más que la muerte. Hemos vuelto la espalda al único reino donde se encierra la libertad. En Epidauro, en el silencio, en la gran paz que me envuelve, oigo latir el corazón del mundo. Se cuál es la salvación: abandonar, renunciar, rendirse, para que nuestro corazón pueda latir al unísono con el gran corazón del mundo.

A mi entender, las inmensas muchedumbres que acudían a Epidauro en interminables migraciones desde todas las partes del mundo antiguo estaban ya curadas antes de llegar. Sentado en las gradas del anfiteatro, en medio de un extraño silencio, pensé en el largo y tortuoso camino que he recorrido hasta llegar finalmente a este centro de paz y curación. Nadie habría podido elegir itinerario más largo que el mío. Durante treinta años caminé extraviado como si estuviera en un laberinto. Había probado todas las alegrías, todas las desesperaciones, sin conocer nunca el significado exacto de la paz. Caminando había vencido uno tras otro a todos mis enemigos; pero había pasado junto al mayor de todos sin reconocerlo: era yo mismo. En el mismo instante en que penetré en este mundo de silencio, bañado ahora por una luz de mármol, pisé al fin ese lugar, ese centro muerto, donde el más ligero murmullo asciende como un alegre pájaro y va a perderse más allá de la baja colina, como la luz de un claro día huye ante el negro terciopelo de la noche. Balboa, de pie sobre la cumbre del Darién, no debió conocer maravilla más grande que la que yo sentía en ese momento. Acabadas las conquistas, un océano de paz se extendía ante mí. Ser libre, como supe entonces que lo era, es reconocer la vanidad de toda conquista, incluso la del yo, que es el último acto de egoísmo. Ser feliz es llevar el yo a su más elevada cima y entregarlo triunfalmente. Conocer la paz es el todo: es el momento que sigue a ése en que el renunciamiento y la abdicación son completos, cuando ni siquiera se tiene conciencia de renunciar y de abdicar. La paz está en el centro y cuando se la toca, la voz brota en alabanzas y bendiciones. Y la voz, entonces, va lejos,

muy lejos, hasta los confines del universo. Y la voz, entonces, cura, porque lleva consigo la luz y el calor de la compasión.

Epidauro no es más que un símbolo en el espacio; el lugar verdadero está en el corazón, en el corazón del hombre, si quiere detenerse y buscarlo. Todo descubrimiento es misterioso en cuanto revela un inesperado inmediato, un conocimiento infinitamente próximo, ancho e íntimo. El sabio no tiene necesidad de salir de él; es el tonto el que busca el cofre de oro en el fin del arco iris. Pero tanto uno como otro acabarán siempre, inexorablemente, por encontrarse y unirse. Se encontrarán en el corazón del mundo, donde comienza y acaba el camino. Se encontrarán cuando logren realizarse y su unión será tanto más fuerte según la importancia de su papel en la vida.

El mundo es al mismo tiempo joven y viejo, como el individuo, se renueva con la muerte y envejece con la infinidad de los nacimientos. En cada etapa existe la posibilidad de poder llegar a la plenitud del ser. Y la paz jalona todos los puntos del recorrido. Ese recorrido es continuo y tan indemostrable en sus límites como lo es la línea en su continuidad de puntos hasta el infinito. Hacer una línea exige la totalidad del ser, de la voluntad, de la imaginación. Lo que constituye la línea es un ejercicio de metafísica, y es materia de especulación para la eternidad. Nada impide que el más tonto pueda trazar una línea, y en cuanto lo hace se iguala el profesor, para quien la naturaleza de la línea es un misterio superior a toda comprensión. La maestría en las grandes cosas se logra haciendo pequeñas cosas; para el alma tímida, el pequeño viaje es tan formidable como la gran exploración lo es para el alma grande. Los viajes se completan interiormente, y los más atrevidos, no hace falta decirlo, se hacen sin moverse del sitio. Pero el sentido del viaje puede marchitarse y perecer. Hay aventureros que se in-

terman en las más alejadas regiones del globo y que van arrastrando, hacia un objetivo estéril, un cadáver inanimado. En la Tierra pululan espíritus aventureros que la pueblan de muerte. Son las almas que encarnizándose en conquistar, llenan de luchas y querellas los corredores exteriores del espacio. Lo que da a la vida este matiz de fantasma es el piadoso juego de sombras entre corporales y fantasmales. El pánico y la confusión que se apoderan del alma del hombre errante, es el eco de la baraúnda infernal creada por las almas perdidas y condenadas.

Mientras tomaba el sol como un lagarto en las gradas del anfiteatro se me ocurrió la idea de enviar unas palabras de saludo a mis amigos. Pensé principalmente en mis amigos psicoanalistas. Escribí tres cartas: una para Francia, otra para Inglaterra, y la tercera para América. Invitaba en ellas, amable y encarecidamente a esos charlatanes que se intitulan curadores a dejar su trabajo y venir a curarse a Epidauro. Los tres tenían cruel necesidad de los recursos del arte médico, ya que eran salvadores incapaces de salvarse a sí mismos. Uno de ellos se suicidó antes de que le llegase mi saludo. El otro murió de un ataque al corazón poco



después de recibir mi carta. El tercero me respondió brevemente diciéndome que me envidiaba y que deseaba tener el valor necesario para dejar su trabajo.

El combate que el analista sostiene es un combate desesperado. Por cada individuo que se restituye a la corriente de la vida, que "se adapta" como se dice, hay una docena de incapacitados. Nunca habrá bastantes analistas para hacer frente a tanto tarado. Una corta guerra basta para destruir el trabajo de siglos. La cirugía hará, naturalmente, nuevos progresos, aunque la utilidad de esos progresos esté lejos de ser clara. Lo que hay que cambiar profundamente es nuestra forma de vivir. No tenemos que fabricar mejores instrumentos quirúrgicos. Lo que nos hace falta es una vida mejor. Si se pudiera distraer de su trabajo a todos los cirujanos, a todos los psicoanalistas, a todos los médicos, y reunirlos por algún tiempo en el gran centro de Epidauro para debatir, en la paz y en el silencio, las necesidades inmediatas y urgentes de la humanidad, la respuesta unánime no se haría esperar. Revolución. Revolución mundial, de arriba a abajo, en todos los países, en todas las clases, en todos los campos de la conciencia. El enemigo no es la enfermedad; la enfermedad no es más que un subproducto. El enemigo del hombre no son los microbios; es el hombre mismo, el orgullo, los prejuicios, la estupidez, la arrogancia. Contra eso no hay ninguna clase social inmunizada, ni sistema alguno que ofrezca una panacea. Es necesario que todos, individualmente, nos rebellemos contra una forma de vivir que no es la nuestra. La revolución para ser eficaz ha de ser continua e implacable. Mil millones de seres humanos lanzados en busca de la paz no se reducen así como así a la esclavitud. Somos nosotros los que con nuestra concepción mezquina y estrecha de la vida nos hemos hecho esclavos. Es glorioso dedicar la vida a una causa, pero los muertos no llevan a cabo nada. La vida exige que se le dedique algo más: espíritu, alma, inteligencia, buena voluntad. La naturaleza está siempre dispuesta a reparar las brechas abiertas

por la muerte, pero la naturaleza no puede suministrar la inteligencia, la voluntad y la imaginación necesarias para vencer a las fuerzas de la muerte. La naturaleza restaura y repara; eso es todo. Y la tarea del hombre es extirpar el instinto homicida, infinito en sus ramificaciones y en sus manifestaciones. Es inútil llamar a Dios, como es vano oponer la fuerza a la fuerza. Toda batalla es un matrimonio concebido en la sangre y la angustia; toda guerra es una derrota del espíritu humano. La guerra no es más que una inmensa manifestación en el género dramático de esta comedia burlesca y vacía que nos ofrecen a diario y por todas partes los conflictos mundiales, incluso durante los llamados años de paz. Cada uno de nosotros aporta su grano de arena a la continuación de la matanza, comprendidos los que parecen mantenerse aparte. Todos estamos envueltos, todos participamos de buen o mal grado. La Tierra la hemos creado nosotros y debemos aceptar el fruto de nuestra creación. Mientras que no rehusemos a pensar en términos de bien universal y de bienes universales, continuaremos matándonos y traicionándonos. Eso puede continuar así hasta el estallido del juicio final. Nada más que nuestro deseo de cambiarlo puede producir un mundo mejor y nuevo. El hombre mata por miedo, y el miedo es una hidra de cien cabezas. Una vez que se ha iniciado la carnicería, no tiene fin. No bastaría una eternidad para vencer a los demonios que nos torturan. ¿Pero quién ha traído los demonios? Esto es lo que cada uno debe preguntarse. Que cada hombre busque su propio corazón. Ni Dios ni el Diablo son los responsables, ni tampoco lo son monstruos como Hitler, Mussolini, Stalin y compañía. Ni siquiera fantoches como Catolicismo, Capitalismo, Comunismo. ¿Quién ha puesto los demonios en nuestro corazón para atormentarnos? Buen tema para plantearlo. Y el único medio de encontrar la respuesta es ir a Epidauro; por eso os encarezco que dejéis todo y vayáis allí en seguida.